

cedido en esta carrera se apresura á decirles: ¿qué haceis? ¿qué es fuerza que el peligro de los Estados venga de parte de la Iglesia? ¿no veis que el socialismo toma las armas? ¡El socialismo! responden sonriéndose los sabiondos turineses, temedle vosotros que entregais vuestra juventud á la faccion clerical, temedle en buena hora; pero nosotros, hombres de progreso, que hemos despedazado á los jesuitas como un vidrio, y que en este momento desterramos á los obispos y nos burlamos del papa, nosotros no tenemos miedo. Nosotros tenemos contra todos los enemigos del Estado el poder de los poderes, las libertades constitucionales!

¡Qué jactancia, qué imbecilidad! diréis vosotros. Sí, pero trabajando por satisfacer su odio estúpido contra la Iglesia, estos secularizadores preparan su país para la solucion próxima del grande proceso que la Providencia forma á la Europa. Esta solucion que buscan todos los entendimientos, creo conocerla yo, mis amigos, y podré indicárosela; pero como ella debe ser la coronacion de la *Arca*, quiero responder antes á las objeciones que os faltaren que proponer contra la Iglesia católica: yo ruego á los señores mis interlocutores, quieran indicármelas al principio del entretenimiento siguiente.

#### ENTRETENIMIENTO VEINTICINCO.

*Inquisicion católica. Conducta respecto de la Iglesia, de todos los que la acusan de intolerancia. Regla constante de la Iglesia para con los infieles.*

*El Mayre.*—En la particion que nos hemos hecho, Mr. el Instructor y yo, de las objeciones un poco serias que quedan todavía contra la grande Iglesia, la primera y la mas grande parte me ha tocado en suerte: este lote es la inquisicion. A decir verdad, los noventa y nueve céntimos de los que gritan contra la inquisicion, se hallarian muy embarazados si se les preguntara lo que es este monstruo. Los menos ignorantes creen saber: primero, que éste era un tribunal de la edad media, compuesto de monjes y establecido por el papa y los obispos para descubrir, atormentar y quemar á los herejes, filósofos y cualesquiera otros que

fuesen sospechosos de pensar mal en materia de religion: segundo, que esta institucion, creada para mantener al espíritu humano en una eterna infancia, cubrió la Europa de hogueras, especialmente á la España, á quien ella despobló y la empobreció de mil maneras: tercero, que sin la reaccion del protestantismo que produjo la libertad de la razon, todavía estaríamos doblados bajo el yugo de la fé ciega, y que no mudándose jamas el espíritu de la Iglesia, el triunfo del partido clerical naturalmente volveria á traer el reinado de la inquisicion. Y para hacer creer esto se citan una multitud de hechos, en los que se cree ver que las pretensiones intolerantes y dominadoras de la corte de Roma no se han corregido, y que si ella no persigue ahora, es no por falta de voluntad sino de poder.

Hé aquí lo que se dice. Por lo que á mí toca, estoy inclinado á creer que en estas declamaciones tiene una gran parte la mala fé y la ignorancia de la secta pancista, y confieso que yo temo mas á la intolerancia de los inquisidores de Masini, que á la de los inquisidores del papa.

*Platon Polichinelle.*—Sí, mi señor; el horror que se tiene á la inquisicion, demuestra una grande ignorancia, tanto de la naturaleza de esta institucion, como de las necesidades de la época en que ella apareció; el temor de su restablecimiento no puede ser serio sino para los necios. Antes de es-

tablecer estos dos puntos, amigos míos, echemos una mirada sobre la Europa actual, oigamos lo que se dice, y veamos lo que se hace.

Del Norte al Mediodía, del Oriente al Occidente, ¿qué es lo que oímos? Un grito general de odio y de furor contra la intolerancia romana, y la rabia de dominacion inherente á la faccion clerical. ¿Qué vemos? La conjuracion de todos los enemigos de la Iglesia católica, para encender contra ella las teas apenas apagadas de la persecucion.

Comencemos por esa Inglaterra que nos pondera su tolerancia, y no hace veinte años que hacia pesar sobre sus habitantes católicos el código de persecucion mas atroz que el dominio del fanatismo ha podido inspirar jamas á la herejía.

Cediendo á las constantes súplicas y á las necesidades espirituales de los católicos ingleses, sujetos hasta ahora á una administracion religiosa, previsora y escepcional, Pio IX les concede por fin, una organizacion eclesiástica conforme al derecho comun, despues de haber tomado todas las medidas que aconsejan la sabiduria y la prudencia, para que este acto, irreprochable por parte de las leyes inglesas, nada tuviese que lastimara las susceptibilidades del gobierno británico. ¿Pero qué quereis? Hacia cuatro años por lo menos que la política inglesa trabajaba en protestantizar y anglicanizar la Italia, sobre todo á Roma, de donde ella habia hecho salir al papa. ¿Podia ella sin

un profanado despecho, ver al papa vuelto á Roma disputarle los progresos del papismo á la misma Inglaterra, restableciendo á los obispos con título? De aquí resultó que, á la señal dada por las oficinas del ministerio, y repetida en todos los pulpitos de la iglesia anglicana y de las mil sectas, disidentes entre sí, pero siempre unidas contra Roma; de aquí, repito, resultó este concierto de burlas: ¡Abajo el papismo, muerte al papismo! De aquí esas escenas de un fanatismo el mas salvaje, ultrajando por todas partes las convicciones religiosas de los católicos, y poniendo en peligro sus propiedades y sus vidas. De aquí esas innumerables representaciones á la reina y sus ministros, para pedir el restablecimiento de algunos estatutos de la buena vírgen Isabel contra el papismo, y por los que hacia desentrañar vivos á los enemigos de su soberanía espiritual.

Si esta esplosion de fanatismo no terminó por volver á poner á los pancistas bajo el régimen sanguinario de la inquisicion anglicana, se sabe que esto no fué por falta del gobierno, ni por falta de los clérigos y poblaciones heréticas, sino que fué porque son ahora bastante numerosos los católicos en los tres reinos unidos, en las colonias, y sobre todo en la armada, para que se creyera prudente contar con ellos.

Recorramos ahora los Estados del Norte donde domina la herejía y el cisma, desde los Países Ba-

jos hasta la Rusia. Si los católicos holandeses, gracias á la revolucion francesa y al rey Luis Napoleon Bonaparte, han sido libertados del estado de ilotismo en que los tenia hace tres siglos la herejía; si ellos ven sus derechos civiles y políticos consagrados por la constitucion, no es menos público que la tolerancia protestante continúa en retirarlos de los empleos, y que se dan leyes electorales espresamente con el fin de escluir á sus candidatos de las cámaras. La nacion tan católica de los belgas, que ha hecho dos revoluciones por salvar sus libertades religiosas, se ve ahora despojada por ministros opresores de la Iglesia, en su triple cualidad de legistas, pancistas y liberales. Si los católicos no son perseguidos en Suecia y en Dinamarca, la razon es porque la inquisicion protestante ha velado constantemente para que el papismo no levante la cabeza en estos Estados. Yo no sé que el gobierno Danés haya quitado de su código la ley que impone pena de muerte al sacerdote ó religioso católico que intentara fijarse en el reino. En cuanto á la Suecia, el tribunal supremo de Stokolmo acaba, á solicitud de un clérigo luterano, de condenar á la confiscacion de bienes y aun á destierro perpetuo al pintor Nilson, culpable de haberse convertido á la fé católica. ¿Qué decir de este imperio inmenso de Rusia, donde se toleran todas las religiones, aun la mas grosera idolatría, esceptuando solo á la reli-

gion católica, apostólica romana, para cuyo aniquilamiento se emplea hace mas de veinte años una mezcla desconocida de cobardes artimañas y de atroces violencias?

Vengamos ahora á la Alemania. Si hace tres años la Iglesia católica ve caer las gruesas cadenas que le habia remachado al cuello, á las manos y á los piés la tolerancia de los príncipes protestantes y la destructora proteccion del gabinete de Austria, ¿á quién es ella deudora de esto? Primero, al grito de libertad religiosa, levantado por dos ilustres víctimas de la intolerancia prusiana, los arzobispos de Colonia y de Posen: segundo, á la tormenta revolucionaria que, haciendo balancear á las majestades alemanas, las ha obligado á levantar el pié que ellas tenian puesto siempre sobre los pechos católicos: tercero, á la advertencia enérgica de su episcopado y á la actividad de sus vastas asociaciones para el triunfo de las libertades católicas: cuarto, á las inspiraciones personales del jóven emperador de Austria, abjurando las deplorables tradiciones de un gobierno que hace mas de un siglo no era católico, mas que por beneficio de inventario; en suma, el catolicismo aleman, despojado de todas sus propiedades, de sus establecimientos de educacion y beneficencia, respira un instante, gracias al estado de sus opresores que tienen los piés en agua hirviendo.

Mirad á las poblaciones católicas de la Suiza, y

decidme si los conservadores y los ridículos protestantes han omitido algo de lo que constituye un martirio completo. Se ha secularizado, es decir, robado todos sus bienes eclesiásticos y monacales, proscrito, aprisionado, desterrado á sus obispos, á sus religiosos, puestos en almoneda los espolios de sus santuarios, llenado las escuelas de maestros de corrupcion, estendido la proscripcion y la confiscacion á los ciudadanos mas ricos. Dos ó trescientos miserables protegidos por el ejército federal, imponen á Friburgo una constitucion digna de los ladrones que la han concebido y que la esplotan; y cuando despues de tres años de afrentosos robos, de diez y seis á diez y ocho mil electores van á pedir justicia á las autoridades federales, se les responde: "nosotros nada podemos, pero si vosotros intentais haceros justicia, nosotros os aniquilaremos." Aquí el gobierno protestante valdense ordena á los curas católicos leer en el púlpito sus mandamientos religiosos para el ayuno federal, y si lo rehusan, los espulsa de sus parroquias: allá, ó mas bien, en todas partes, se establecen escuelas mistas, para pervertir á la juventud católica, si ésta no quiere condenarse á la ignorancia. En fin, para hacer penetrar el protestantismo, es decir, el menosprecio de toda religion en el corazon de la familia, los poderes federales se aseguran con una ley sobre matrimonios mistos.

Es inútil hablar de los legistas de Italia, los abogados, los liberales pancistas y sus constitucionales anglo-alemanes de todo color. Esta que se llama la joven Italia, y que no es otra cosa que una liga de mozos de soldado, retrogradando hacia la barbarie pagana; esta joven Italia, digo, concentrada ahora en el Piamonte, es admirablemente fiel á la divisa de sus dos gefes, los compadres Massini y lord Palmerston: acabar por todos los medios imaginables con la Iglesia católica.

Una palabra ahora de España y de Portugal. Si la reina Isabel II y sus ministros, han tenido la sabiduría de contener con un solo golpe la tempestad de la persecucion religiosa y los destrozos de la guerra civil, no es menos cierto que la Iglesia está todavía sangrando las llagas que le han hecho, que su clero espera siempre que se le dé el pan, en compensacion de lo que se le ha robado; y no es menos cierto que Roma para evitar mas grandes males, debería firmar uno de estos concordatos que justifican el antiguo proverbio: "Con nuestra buena madre la Iglesia, que no tiene para defenderse cañones cargados á bala, lo esencial es apoderarse por la fuerza de lo que no se puede obtener por voluntad;" proverbio que ha causado el extravío de la Europa; pero que le va á jugar una mala vuelta, como yo tendré el honor de decíroslo en su lugar. El Portugal, tan raquítico como es, quiere hacerla del fuerte con-

tra Roma, y retira á su embajador, porque el papa rehusa dar á los portugueses católicos, obispos sospechosos.

Si en este concierto de opresores de la Iglesia, no hago figurar al gobierno frances, es porque vosotros lo veis, porque esta Francia ha permanecido católica á despecho de su antigua monarquía, que se llamaba á sí misma cristianísima, es á despecho de su primera revolucion eminentemente anticristiana, de su imperio medio cristiano, de su restauracion desplomada en 1830, de su monarquía popular barrida en 1848; es desde entonces, un poco á su pesar, pero muy ciertamente *por la gracia de Dios*, una república, y que no pudiendo ser fácilmente esplotada por un partido, espresa necesariamente el fondo del espíritu nacional que permanece católico. De aquí estos actos de catolicismo dentro y fuera, que la Francia hace por una especie de instinto, y bajo la presion de los acontecimientos. Si su vuelta hacia una política mejor no es bastante pronunciada, ademas de otras muchas causas bastante conocidas, hay una que ya os he indicado y que desarrollaré mas tarde, y es, que el grande proceso no está todavía suficientemente instruido y señalado para verse.

Antes de la grande reconstitucion ó del desenlace final, del que la Francia, segun todas las probabilidades, debe dar la señal, hay demoliciones que hacer aquí y acullá.

Ved aquí, pues, que todos los gobiernos de Europa, menos uno ó dos, hacen una guerra mas ó menos astuta y violenta al catolicismo, rechinando en todas partes contra la intolerancia católica. En todas partes nosotros estamos oprimidos, y en todas partes los opresores nos señalan como los irreconciliables enemigos de las libertades públicas. Por todas partes nosotros vemos á nuestros obispos, á nuestros sacerdotes, á nuestros religiosos, ultrajados, despojados, proscritos, sometidos á medidas inquisitoriales las mas inicuas: por todas partes, despues de haber invadido nuestras propiedades religiosas, los legistas salteadores forzan el santuario de nuestras conciencias, nos arrancan el alma de nuestros hijos para entregarlos á sus corruptores; y sin embargo, estos rabiosos déspotas, no cesan de ahuyar contra las invasiones del sacerdocio, y sus esfuerzos para volver á poneros bajo del yugo de la inquisicion.

Y bien, amigos míos, lo que vosotros veis hoy, es la imágen exacta de lo que se ha hecho en todos tiempos. Siempre ha habido este acuerdo entre los perseguidores de la Iglesia para arrojar sobre sus víctimas el reproche de persecucion y de violencia. Que se lean los edictos de los primeros verdugos del cristianismo desde Neron hasta Magencio, y se verá que los cristianos que por todas partes se dejaban degollar como corderos, aun cuando ellos llenaban el imperio y formaban en

el ejército legiones enteras; se verá, digo, que los cristianos eran llamados una execrable faccion culpable de los mas abominables escesos, ligada por horribles juramentos y enemiga de todas las leyes. ¿Qué era esta misma Iglesia católica con sus mas ilustres defensores, cuando la herejía arriana, señora del trono bajo los Constancios, los Valentes, &c., perseguia hasta el último trance á los adoradores del Verbo y se ahogaba en sus despojos y su sangre? Era, al decir de los arrianos y sus emperadores, una reunion de facciosos sacrílegos, de enemigos de Dios y de los hombres, de corruptores y opresores de las conciencias. El grande Atanasio, cuya cabeza se habia puesto á talla, era un monstruo que ultrajaba á las mujeres, y que cortaba la cabeza y las manos á los obispos arrianos por operaciones mágicas. ¿Cuándo se ha declamado mas y con mas furor contra la execrable intolerancia de los papas, del clero católico y su pretendida sed de sangre de herejes y de incrédulos? ¿No ha sido desde el siglo XVI, cuando en todos los Estados protestantes, sin esceptuar uno solo, leyes atroces, impiamente aplicadas, condenaban á afrentosos suplicios al clero papista, y ponian á las poblaciones católicas entre la abjuracion de su fé y las penas de las que mas suaves eran la prision, el destierro y la confiscacion de sus bienes?

¿Qué queréis, amigos míos? el destino tempo-